

Oprimido, despojado y reducido a la miseria por los incircuncisos, Israel se arrepiente, y es entonces cuando Yahvé le envía a esos hombres extraordinarios, que van a vengar a su pueblo rechazando o aniquilando a los enemigos. Son doce, pero sólo seis de ellos se nos presentan en fuerte relieve y vivo colorido en el texto sagrado: Othomiel, un meridional que acaba con la opresión del rey Cusham-Rishathayina, jefe de los edomitas; Aod, el zardo, que habiendo ido a llevar a Eglon, rey de Moab, el tributo de Israel, entra en la cámara regia llevando un puñal escondido al lado derecho para mejor disimular, y después de matar al opresor, convoca al pueblo para la lucha; Barak, que asesorado por Debora, la profetisa, destruye el ejército de Jabin, rey de Hasor, y acaba con Sisara, su general; Gedeón, que empieza por destruir el altar de Boal, instalado en la casa de su padre, y luego con trescientos hombres escogidos, valiéndose de las trompetas y las antorchas ocultas en los jatro, aniquiló las fuerzas de Madión, adquiriendo tal prestigio en el pueblo, que su hijo Abimelech logra sostenerse tiránicamente varios años después de asesinar a setenta de sus hermanos; Sephté, el hijo de la cortesana, hecho al saqueo con su banda de beduinos, que al oír la voz de Yahvé se pone al frente de los israelitas y los lanza contra Amón, después de haber hecho la terrible promesa de sacrificar el primer ser viviente que saliese a su encuentro si volvía vencedor, sin darse cuenta de que podría ser su propia hija; y finalmente, Sansón, el gigante de la fuerza incontrastable, el héroe más brillante de la gesta nacional, el que se opone a la expansión de los incircuncisos por excelencia, los filisteos, el que mata mil de ellos con la quijada de un asno y quema las mieses de los enemigos lanzando sobre ellas zorras atadas en parejas, con antorchas encendidas en la co-

la, y aprisionado dentro de Gaza, arranca de noche las puertas de la ciudad con sus barras y cerrojos, y capturado de nuevo por la traición de una mujer, y llevado al templo de Dagón, después de haberle sido arrancados los ojos, se abraza a las columnas centrales del edificio, las echa por tierra, aplastando en la ruina a una multitud de enemigos, que se regocijaban con su desgracia y muriendo juntamente con ellos.

ENSEÑANZA Y BELLEZA

Tal es el contenido de este libro maravilloso, cuyos relatos siguen siendo y serán, mientras espíritu religioso y buen gusto en el mundo, el deleite de la infancia y de la edad madura. Hay, además, en él una gran enseñanza, que es para todos los tiempos: en él encontramos la demostración de que Dios es para los hombres lo que los hombres son para con El. En esas páginas podemos ver la historia de cada uno de nosotros, que oscilamos entre el bien y el mal, obligando a Dios a oscilar entre la misericordia y la justicia. La tradición cristiana ha subrayado en ellas una serie de delicados símbolos. El vellotino que Cedeón ve cubierto de rocío en medio de una tierra seca, es el seno virginal de la Madre de Dios o su Concepción Inmaculada. «Para San Agustín, dice el cardenal Gouá, Sansón, cuyo nombre significa el astro del día, es Jesucristo; el león, en cuya boca se forma el paual, la gentilidad; la miel, las leyes de los reyes temporales que, informados del espíritu evangélico, colaboran en la construcción del reino de Dios; Jabel, traspasando con un clavo las sienas de Sisara, mientras duerme, es el símbolo de la Iglesia venciendo al diablo con la cruz de Cristo.»

La belleza de este libro impregnado de fragancia poética y de hechizo popular es conocida de todos. Léanse las narraciones del